

GETSEMANI

O SEA

MANIFESTACION DE LOS SACRILEGOS ATROPELLOS

COMETIDOS POR LOS CISMATICOS

EN EL HUERTO DE GETSEMANI

el día 20 de agosto del año próximo pasado de 1890

PUBLICADA POR EL R. P. VICE-COMISARIO DE LA TIERRA SANTA
EN ESTA CAPITAL DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR

FRAY FRANCISCO CAMPS

Con aprobación de la Orden



QUITO

—
IMPRESA CATOLICA

—
1891

ADVERTENCIA.

Para conocimiento y consuelo de los benefactores de Tierra Santa hacemos saber, que, á más de las gracias concedidas por los Sumos Pontífices á todos aquellos que de algún modo socorran las necesidades de Tierra Santa, el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico, Monseñor José Macchi, con fecha 31 de Diciembre de 1890, concede perpetuamente 100 días de Indulgencia á todos y cada uno de los fieles por cada vez que darán alguna limosna á favor de la sobredicha Tierra Santa; ó que gratuitamente prestarán algún trabajo ó servicio á fin de procurarla: declarando que estas Indulgencias podrán aplicarse, si se quiere, á favor de las almas del Purgatorio.

El original de esta concesión se guarda en el archivo de esta Vice-Comisaría de Quito para presentarlo en caso necesario á quien convenga.

El Padre Vice-Comisario de Tierra Santa,

Fray Francisco Camps.

GETSEMANI

O SEA

MANIFESTACION DE LOS SACRILEGOS ATROPELLOS

COMETIDOS POR LOS CISMATICOS

EN EL HUERTO DE GETSEMANI

el día 20 de agosto del año próximo pasado de 1890.

Como representante de los Lugares Santos de Palestina en esta República del Ecuador, á fin de cumplir con un deber de gratitud por una parte, particularmente con los benefactores de Tierra Santa; estimular á los que todavía no lo son, por no conocer, sin duda, las grandísimas ventajas espirituales que de ellos reportan los tales benefactores; como también á fin de que conozcan todos el estado de peligro en que se encuentran aquellos venerandos y sagrados lugares y oren á Dios no permita sean profanados por sus enemigos; y al mismo tiempo los trabajos y vejámenes á que está sujetos sus celosos Custodios, los Padres Franciscanos, con el corazón angustiado y lleno de amargura, publicamos, para conocimiento de todos, los horrendos atropellos y sacrilegios que, el día 20 de Agosto próximo pasado, se han cometido en uno de los principales lugares de Jerusalén, en el *Huerto de Getsemaní y Gruta de la Agonía de Jesús*.

Muy bien recordarán nuestros lectores lo que no ha mucho tiempo les dijimos así en el cuadernito titulado "Los Lugares Santos de Jerusalén y los Padres Franciscanos," como en el otro, cuyo título es, "El Patrimonio Seráfico" esto es: que los enemigos del nombre cristiano, los herejes y cismáticos así griegos, como rusos, nos hacen una continua y cruel

guerra á fin de despojarnos de aquellos Santos Lugares, de aquellos Santuarios en que se obraron los misterios de nuestra Redención, que, de setecientos años á esta parte, por autoridad de la Silla Apostólica, y en nombre de toda la Santa Iglesia han procurado custodiar y defender, aun á costa de su sangre y pérdida de sus vidas, los hijos del Serafín Ilagado, nuestro Padre San Francisco. Sí, grande es la lucha que, de muchos años á esta parte, sostienen los impertérritos hijos de San Francisco, no sólo de los herejes y cismáticos, sí que también, y esto es lo más doloroso, por parte de aquellos que se titulan *sus protectores*. ¿Que católico ignora, que la Francia es la que tiene el título de protectora, y en realidad en otro tiempo lo fué? Sin embargo, ahora las cosas han cambiado: pues, de muchos años á esta parte, los pobres religiosos Franciscanos en vez de protección, no encuentran en ella sino sistemática persecución; unas veces embozada y otras manifiestamente. En efecto: en tiempo de Luis XIII, en el año 1626, el Embajador de Constantinopla, Señor Cessi y Ais, gentil hombre del Rey de Francia, trabajaron para desposeer á los Franciscanos de los Lugares Santos: En 1849 el Patriarca Valerga con Mr. Botta, Cónsul de Jerusalén, trabajaron también para despojar de ellos á los pobres Franciscanos y poner á otros en su lugar. En 1851 ya pregonaban que el Patriarca y Cónsul francés estaban próximos á triunfar de los PP. Franciscanos. En 1866 permitió la Nación, llamada protectora de los Lugares Santos, que los cismáticos rusos hicieran la Cúpula, así como había permitido á los griegos, en 1808, restaurar el Santo Sepulcro, cosas que eran de la exclusiva propiedad de los católicos. Más tarde, en 1873, los griegos cismáticos destruyeron el Santuario de Belén, y se robaron de él dos magníficos cuadros, entre ellos un original de Murillo que representaba la adoración de los Santos Reyes; y además 18 lámparas de plata: y hasta la fecha, ni éstas ni aquellos han sido devueltos, ni se ha dado satisfacción á los Padres Franciscanos. Y por

último, el día 20 de Agosto próximo pasado de 1890 los cismáticos, apoyados por el Bajá, y de acuerdo con el Cónsul y Embajador de la Francia, que pretende desposeer á los Franciscanos de los Santos Lugares, nos han quitado, ó más bien dicho á la Santa Iglesia Católica toda, *el Huerto de Getsemaní y Gruta de la Agonía*, atropellando y arrastrando por el suelo á los pobres religiosos Franciscanos que lo custodiaban y defendían. (1) Por la carta que al pie de la letra copiamos, verán los católicos de esta República el modo bárbaro y cruel con que lo llevaron á cabo. Hé aquí la carta copiada de la Revista Franciscana de Barcelona, Año XVIII, N^o 214, pág. 303.

(2) Muy Reverendo Padre Fray Gerónimo Aguillo.
—Barcelona.

Jerusalén, 27 de Agosto de 1890.

Mi respetable Padre y apreciado amigo:—Un hecho, que por su gravedad suma y funestas consecuencias pudiera quizá cambiar radicalmente la situación actual de Tierra Santa, acaba de tener lugar en *Getsemaní*, proporcionando sendos disgustos á sus solícitos custodios, los beneméritos Franciscanos. Los griegos cismáticos, cuya astucia, sagacidad y maquiavelismo no son un misterio para nadie, y menos para Ud, que ha tenido ocasión de conocerlos á fondo, se han posesionado estos últimos días de una manera asaz vil y repugnante de un terreno contiguo al Sepulcro de la Madre de Dios, perteneciente á la Santa Custodia. Como los medios empleados para realizar este acto vandálico son dignos de conocerse, los relataremos sucintamente, aun cuando con ello lastimemos los piadosos sentimientos de los lectores de la *Revista Franciscana*.

Tiempo hacía que los empedernidos sectarios de Focio no soñaban ni pensaban en otra cosa que en amurallar el ya mencionado terreno, para así apoderarse de un interesante santuario que en él radica y se venera, á saber, *la Gruta de la Agonía del Divino Salvador*. No son para contar,

(1) De la Revista Franciscana de Barcelona, año XVIII, N^o 214 pág. 295 y 296

(2) Este Padre es el actual Provincial de los Franciscanos de Cataluña (España).

mi buen Padre, los diferentes resortes que han tocado estos desgraciados para salir airosos en su temeraria é injusta empresa. Cuando juzgaron que la cosa estaba bien preparada dieron comienzo á sus trabajos con un entusiasmo y actividad dignos de mejor causa. Pero allá, en sus inicuos cálculos, no figuraban para nada el tesón y la energía de la seráfica familia, que enterada de lo que ocurría en Getsemaní voló al teatro del acontecimiento, á fin de deshacer la obra de sus jurados rivales. Presentarse en el campo en cuestión los hijos del gran Patriarca, hechar por tierra con un vigoroso empuje el muro en ciernes, y obligar á una precipitada fuga á los canteros y demás operarios que se ocupaban en su fabricación, fué cosa de un momento. No por eso desistieron de su empresa los griegos: antes bien, haciendo caso omiso del contratiempo sufrido, volvieron á la obra el día siguiente; pero la resuelta actitud de los Franciscanos hizo que de nuevo se suspendiesen los trabajos del muro. Uno y otro día pretendieron probar fortuna nuestros impertérritos adversarios, pero por tercera y cuarta vez fueron rechazados los mercenarios cismáticos. El Patriarca griego, viendo el inceperado giro que iba tomando el asunto, dispuso prontamente que todos sus súbditos, incluso los del Santísimo Sepulcro, bajasen á Getsemaní para proteger las obras del muro. Los monges, en numero de 150, bajando la cabeza ante las terminantes órdenes de su digno superior, dirigieron sus pasos, no muy acelerados, al campo del combate, no para luchar á brazo partido con nuestros valientes, sino para quedarse á una respetable distancia del lugar ambicionado. Es lo mejor que pudieron hacer, y nosotros nos apresuramos á celebrar su exquisita prudencia, pues una triste experiencia les ha enseñado que, tratándose de valor, un europeo de alma basta y sobra para dar cuenta y razón de una docena de estos afeminados orientales. Convencidos, por fin, de que ante la firmeza y resolución de los Franciscanos no era posible realizar su inicuo proyecto, pusieron en juego otros medios más poderosos y eficaces á fin de ver satisfechas sus aspiraciones. Sabiendo por una larga experiencia las grandes maravillas ó los imposibles que el oro sabe realizar entre las Autoridades otomanas, ofrecieron al Bajá, según de público se decía, 20.000 francos, á trueque del milagro que de su autoridad esperaban. No se equivocaron ni salieron fallidas sus esperanzas, pues el grave musulmán, ante el deslumbrador aspecto que á su vista ofrecían las piezas de oro, no vaciló en aceptar la interesante oferta y obrar el suspirado prodigio. El Bajá, agradecido sobremanera á las finas atencio-

nes de los astutos cismáticos, puso inmediatamente en conocimiento del reverendísimo Padre Custodio su firme resolución de proteger con fuerza armada los trabajos de los griegos. Empero, los sufridos hijos del Serafín de Asís no desmayaron, nó. Los más débiles y achacosos quisieron tomar parte en la contienda, deseosos de derramar generosamente su sangre en pro de los intereses de Tierra Santa. ¡ Ah ! si nuestros lectores hubieran contemplado el singular espectáculo, que en el lugar cuestionado ofrecía la seráfica familia, lágrimas de admiración y de ternura hubieran derramado en abundancia. No contaban con más armas ni más fuerzas que sus brazos y su valor personal, ni con más protección que su confianza en el Padre de las Misericordias, y, sin embargo, se les veía esperar tranquilos y serenos, y aun entusiasmados, á las tropas que quizá debían cometer grandes tropelías y crueldades con ellos.

Finalmente, apareció la fuerza armada, seguida de un buen número de operarios destinados á la fabricación del muro que nos ocupa, pero ante el noble y majestuoso porte de los Religiosos, ningún soldado tiene corazón bastante para maltratarlos y vejarnos. Enterado el *rectísimo y escrupuloso* Bajá de este nuevo contratiempo, que no esperaba, reunió más fuerzas, (1) y puesto á la cabeza de ellas se personó en Getsemaní, resuelto á poner en ejecución el serio compromiso que, merced á unas cuantas monedas, había contraído con sus espléndidos amigos los griegos. Lo que en estos momentos pasó allí no es para describirlo y comunicarlo, sino para sentirlo y llorarlo. Basta saber que los mismos soldados levantaban sus ojos al cielo, como avergonzados y pesarosos de las tropelías que estaban cometiendo contra inermes Religiosos, arrastrándolos y arrojándolos, como á sacos de harina, fuera del terreno que tan violentamente se nos usurpó. Daba compasión y lástima ver á beneméritos y ejemplares Franciscanos, encanecidos en el servicio de los Santos Lugares, rodar por los suelos y llorar con inconsolables lágrimas, no las gravísimas ofensas que recibían, que, imitando á su Divino Maestro, saben perdonarlas generosamente, sino la gran injusticia que allí se iba á consumir, despojando á la Tierra Santa de un derecho indiscutible y sagrado. ¡ Todo sea por amor de Dios ! Si, por amor de Aquel que en el mismo sitio fué prendido y atado por la soldadesca para luego ser crucificado en el Calvario.

¿ Qué hacía, á todo esto, el Cónsul francés ? ¿ Dónde

(1) Primero sólo mandó 100 soldados, y después fué con toda la tropa de infantería y caballería que había en Jerusalén.

estaba en aquellos momentos de prueba y de amargura el representante de esa Nación, que se dice protectora de la Tierra Santa? Desgraciadamente se hallaba presente á la repugnante escena que acabamos de describir; pero no para animar con su presencia á los pobres Religiosos, ni defender con tesón los intereses de la Santa Custodia, sino para ayudar al Bajá y sus soldados en su nefanda tarea de arrojear ignominiosamente á los Franciscanos de un terreno que les pertenecía. Baldón eterno, no sobre la generosa patria del ínclito y nunca bien ponderado San Luis, sino sobre la Francia republicana, que olvidando sus deberes y sus solemnes compromisos, no repara en hacer causa común con los musulmanes, para pisotear los sacratísimos derechos que el mundo católico tiene sobre unos Lugares que Jesús, María y José consagraron con su glorioso nacimiento, su vida santísima y su preciosa muerte. ¡Y aún habrá cándidos y bonachones, que se persuadan de que la Francia es la protectora de los Lugares augustos de nuestra Redención! ¿Donde está esa noble Señora, ó esa protección? En todas partes, menos en Tierra Santa; puesto que merced á ella hemos perdido no pocos derechos, y estamos expuestos á perder en un plazo no lejano los que nos quedan. Duro, acaso, parecerá á alguno nuestro lenguaje, pero no podemos expresarnos de otra suerte, tratándose de una Nación cuyos gobernantes han tenido impiedad bastante para propalar *que no quieren conflictos por cuestión de cuatro piedras*. ¡Santo Dios!! *Cuatro piedras los Santísimos Lugares de la redención humana!* Ved aquí el respeto y la consideración que les merece á esas llamantes gentes lo más santo y amado que hay sobre la tierra.

¿No hay en Jerusalén otros Cónsules, preguntará quizá alguno de nuestros lectores, que con su autoridad y valimiento sepan amparar á los solícitos guardianes de aquellos insignes Santuarios? Los hay en verdad, caro lector, pero sus representantes corrieron la misma suerte que los humildes hijos del Serafín llagado. Allí se presentaron los genzaros de los Consulados de Austria, de Italia y de España, á fin de salvar de una desgracia á sus respectivos súbditos; pero ante los desaforados gritos, recriminaciones y amenazas del vanidoso *Cónsul francés*, no les quedó otro recurso que el de abandonar avergonzados el puesto de honor, que su dignidad les señalaba en aquellos momentos críticos. Solo el genzaro del Consulado español pudo mantenerse firme y reuelto en su puesto, sin que le intimidasen las destempladas voces del representante francés, que no cesaba de gritarle, *¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!*—*No puedo, ni quiero,*

contestaba nuestro héroe. *Tengo representación de una Nación, cuyos súbditos corren aquí manifiesto peligro, y mi deber, mi obligación es la de librarlos de vuestras iras y brutales atropellos.* El que así se explicaba en aquella aciaga tarde no es español, pero bien merecía serlo por el acendrado entusiasmo que siente en su pecho por nuestra querida patria.

¿No hay al menos, replicarán nuestros benévolo lectores, tribunales en Palestina, que sepan hacer justicia, dando á cada cual lo que en derecho le corresponde? ¿Pobres de nosotros! ¿Qué podemos esperar de unos tribunales cuyos magistrados no conocen más justicia que el oro, ni más derechos que los de su propia casa? ¿Qué pueden dar de sí unos jueces que por un pan de cuatro libras son capaces de absolver al más criminal y delincuente, y dar la razón al más culpable?

En resumen, el muro, mi buen Padre Aguillo, se ha hecho, y el terreno que lo cierra está hoy en poder de los cismáticos, quienes envalentonados con la gran victoria que, musulmanes y franceses mancomunados acaban de regalarles, no cesan de insultarnos públicamente, ya en las calles, ya en las iglesias mismas. Dios tenga piedad de la seráfica familia que mora en estas apartadas regiones del Oriente, pues, si siguen así las cosas, pronto se verá precisada á elegir uno de éstos dos extremos: ó abandonar vergonzosamente éstos sagrados recintos, ó prepararse á sufrir el martirio. No hay que dudarlo: si el incalificable acto de rapiña que ha motivado las anteriores líneas queda impugne y sin el debido correctivo, mañana se hará en el Santísimo Sepulcro una cosa análoga á la que se ha realizado en Getsemaní, pasado mañana en Belén, otro día en Nazaret, y así sucesivamente iremos perdiendo los benditos Santuarios que la piedad cristiana venera en la antigua tierra de Promisión, y podrán escribir los cismáticos en los frontispicios: *Este Santuario, por la gracia de las bayonetas musulmanas, y la protección de la Francia republicana, pertenece á la comunión griega.*

A fin, pues, de evitar una desgracia de esta naturaleza, que ciertamente sería inmensa para la cristiandad, es de necesidad absoluta que cese prontamente el protectorado de la Francia sobre los Santos Lugares, por ser sumamente dañino y perjudicial á los intereses de éstos, y que las potencias cristianas encomienden esa hermosa y honorífica misión á otra nación seria y formal, á fin de que con su fuerza, su prestigio, su celo y actividad pueda poner en salvo los intereses sagrados, que cada una de ellas tiene en Tierra Santa. ¿Qué pueden importarles á los republicanos france-

ses los Santuarios de Palestina? Por otra parte, no entra en sus interesados cálculos el malquistarse por ellos con los griegos, muy señaladamente con los cismáticos rusos, por el gran socorro que estos últimos pudieran prestarles en caso de guerra con la Prusia. Urge, pues, que sin dilación alguna se tomen las benéficas y salvadoras medidas enunciadas; de lo contrario, renuncien los fieles, diseminados por todo el universo, á los inefables consuelos que el Señor sabe dispensar á los que vienen á visitar estos sacrosantos Lugares, pues muy en breve se verán cerradas sus puertas para todo aquel que no sea cismático.

No cerraremos la presente sin antes escribir unas cuantas líneas sobre la burda pantomima, ó indigna comedia, que se representó en el terreno usurpado. Queriendo celebrar los griegos de una manera digna de su *fe* y de su *nobleza* la gran victoria que acababan de conseguir, ordenaron, apenas determinadas las operaciones del muro, una especie de procesión, en la que, entre centenares de sus adeptos, figuraban seis ó siete borricos, bien enjaezados y ataviados. ¿Qué papel desempeñaban allí aquellos pobres animales? ¡Pues no es nada lo del ojo! Una friolera. Uno de ellos representaba al rey de España, otro al Cónsul de Italia, otro al de Austria, y así sucesivamente iban hollando la dignidad de los demás representantes europeos. ¡He aquí á lo que ha venido á parar en Jerusalén el prestigio y el decoro de nuestras naciones! ¡Qué ignominia!

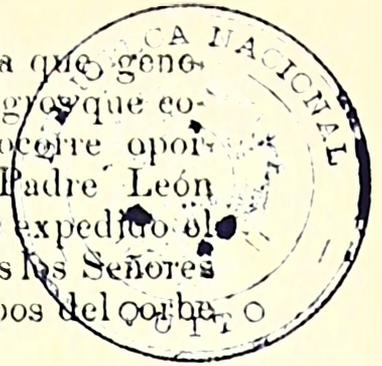
Stx afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Fray Miguel de Guereca.

A más del precedente, hay muchos otros documentos que testifican el hecho, que en Europa han publicado los diarios, aunque los de los impíos lo han procurado desvirtuar á fin de quitar la justa indignación de los buenos católicos.

Este hecho habla muy alto, y comprueba una vez más los justos temores de que estaba poseído nuestro Reverendísimo Padre Ministro General pasado, cuando, con fecha de 25 de Abril de 1879, dirigió la carta circular á todos los Padres Comisarios y Vice-Comisarios de Tierra Santa, que publicamos en el cuaderno: *Los Lugares Santos de Jerusalén y los PP. Franciscanos*. Exhortaba en ella á los mismos Padres Comisarios, Vice-Comisarios y limosneros de Tierra Santa para que con celo procuraran la colectación de

limosnas para la misma; y á los fieles para que generosamente las erogaran: alegando los peligros que corren aquellos Santos Lugares sino se les socorre oportunamente. Lo mismo ha hecho N. SS. Padre León XIII, en su Breve que empieza *Salvatoris* expedido el 26 de Diciembre de 1887, dirigido á todos los Señores Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico.



Si los pobres Franciscanos hubieran podido hacer contrapeso con el oro á los cismáticos; y en vez de los 20.000 francos que éstos dieron al Bajá, hubieran podido aquellos dar 25.000, quizás la codicia del Bajá se hubiera dejado vencer por el mayor resplandor del oro, y no hubiera atendido á las impías y sacrílegas pretensiones así de los cismáticos, como del Cónsul francés: y en ese caso, en lugar de las profanaciones y sacrilegios que ahora se cometen en Getsemaní y Gruta de la Agonía, donde Nuestro Divino Salvador Jesús sudó sangre y agua por nuestro amor, y se dejó prender por los sayones para ser azotado y crucificado, se le daría todavía verdadero culto y adoración. Por tanto, amados católicos de la República del Ecuador, de la República del Sagrado Corazón de Jesús, que con santo orgullo os gloriáis con tan hermoso y honroso título, mostrad con vuestro óbolo el deseo sincero que tenéis de que ese Divino Corazón reciba culto y adoraciones en aquellos mismos lugares en que por nuestro amor vertió su sacratísima sangre y dió su vida. No seamos de aquellos cristianos mezquinos que siempre tienen las manos abiertas para recibir y cerradas para dar: y si recibimos todos los días de sus liberales manos tantos favores de alma y cuerpo, espirituales y temporales, no tengamos las nuestras cerradas para devolverle agradecidos, algo siquiera, de lo que sin merecerlo, con tanta misericordia nos da. Esta es la súplica que, en nombre de la Tierra Santa, os dirige desde este Colegio de San Francisco de Quito, vuestro afectísimo en Cristo.

El Padre Vice-Comisario de la Tierra Santa,
Fray Francisco Camps.